

LA PUERTA DEL MAR

Hace un tiempo, cuando aún no empezaba a peinar canas,
escribí una pequeña historia de esperanza, ilusión y perseverancia.
Una historia que quiero compartir y a la que titulé: La puerta del mar.

Hay una puerta que conecta con el mar.
Una puerta que siempre permanece entreabierta,
pero que sólo se puede ver con el corazón.

He recorrido playas por los cinco continentes,
playas blancas y playas negra,
playas largas y acantilados donde rompe el mar sin piedad.
Pero jamás encontré esa puerta.

Esa puerta que te abre el alma de par en par,
por la que entra una bocanada de aire tan fresco
que te recarga el corazón de vida,
y una luz que te atrapa y te envuelve
con un velo de paz y de energía blanca.

Siempre escuché esa leyenda, o quizás no era una leyenda
y es que no soy lo suficientemente pura de corazón para encontrarla.

Mis pies cansados ya no pueden continuar la búsqueda
y regreso a mi pueblecito en el Mediterráneo.

Tendré que comunicar a todos que fallé y no la encontré.
Pero antes, descansaré en la playa chica
y pensaré como comenzar la narración de mi frustración.

Una lágrima de fracaso golpea la fina arena,
y mientras cae,
una puerta se aparece frente a mi.

Una puerta de pernos oxidados y marcos carcomidos.

Tan vieja como la vida misma,
tan gastada como mis propios huesos.

Pero por la que entra una bocanada de aire tan fresco
que mi corazón despierta y me devuelve por un instante a la chiquilla que fui.

Su luz me paraliza, me deslumbra y me llena el alma.

Me corta la respiración y creo estar muerta,
ya no soy la dueña de mi cuerpo.

¿La encontré o ella me encontró a mi?

Estuve ciega, pues no tiene patria ni señor.

Tal y como dice la leyenda,
se abre a los corazones francos
y yo tenía el mío obstruido de prisas y cenizas.

Una sencilla lágrima desatascó las arterias de mi alma.

Un simple suspiro era la llave,

la llave de mi vida.